

CAPITULO XX

En que se prosigue el cuento, con otros sucesos y desgracias notables

AMANECIÓ, y despertamos á dar traza en los criados, plata y merienda. Al fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo y no hay quien le pierda el respeto, pagándoselo á un repostero de un señor, me dió plata, y la sirvió él y tres criados. Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y á la tarde ya yo tenía alquilado un caballo. Tomé el camino, á la hora señalada, para la Casa de Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, asomándose algunos de ellos. Llegué, y estaban allá las dichas, los caballeros y todo. Recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos, en señal de familiaridad. Había dicho que me llamaba don Felipe Tristán; y en todo el día no había otra cosa, sino don Felipe acá, y don Felipe allá. Yo comencé á decir que me había visto tan ocupado con negocios de S. M. y cuentas de mi mayorazgo, que había temido el no poder cumplir; y que, así, les apercibía á merienda de repente.

En esto llegó el repostero con su jarcia, plata y mozos; los otros y ellas no hacían sino mirarme y callar. Mandéle

que fué al cenador y que aderezase allí, que entretanto nos íbamos á los estanques. Llegáronse á mí las viejas á hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto, desde que Dios me crió, tan linda cosa como aquella en quien yo tenía asestado mi matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas y zazositas. La otra no era mala; pero tenía más desenvoltura, y dábame sospechas, de hoci cada.

Fuímos á los estanques, vimoslo todo, y en el discurso conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Herodes, por inocente; no sabía hablar; pero como yo no quiero á las mujeres para consejeras, ni bufonas, sino para casarme con ellas; y si son feas y discretas, es lo mismo que casarse con Aristóteles ó Séneca, ó con un libro, proctírolas de buenas partes, para el arte de las ofensas: esto me consoló.

Llegamos cerca del cenador, y al pasar de una enramada, prendióseme en un árbol la guarnición del cuello y desgarróseme un poco. Llegó la niña y prendiómela con un alfiler de plata, y dijo la madre que enviase el cuello á su casa al otro día, que allí le aderezaría doña Ana, que así se llamaba la niña.

Estaba todo cumplidísimo, mucho que merendar, caliente y fiambre, frutas y dulces. Levantaron los manteles; y estando en esto, ví venir un caballero con dos criados por la huerta adelante; y cuando menos me cató, conozco á mi buen don Diego Coronel. Acercóse á mí, y como estaba en aquel hábito, no hacía sino mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero; y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversación con él. Preguntóles (según se echó de ver después) mi nombre, y ellos dijeron:

—Don Felipe Tristán, un caballero muy honrado y rico.

Veíame y santiguábase. Al fin, delante de ellas se llegó á mí, y dijo:

—Vuesa merced me perdone, que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida á un criado que tuve en Segovia, que se llamaba Pabillos, hijo de un barbero del mismo lugar.

Riéronse todos mucho, y yo me esforcé para que no me desmintiese la color, y dijele que tenía deseo de ver aquel hombre, porque me habían dicho infinitos que le era parecidísimo:

—¡Jesús!—hacia el don Diego—¿cómo parecido? El talle, la habla, los meneos, no he visto tal cosa. Digo, señor, que es admiración grande, y que no he visto cosa tan parecida.

Entonces las viejas, tía y madre, dijeron que cómo era posible que un caballero tan principal se pareciese á un picarón tan bajo como aquel; y (porque no se sospechase nada de ellas) dijo la una:

—Yo le conozco muy bien al señor don Felipe, que es el que nos hospedó por orden de mi marido, en Ocaña.

Yo entendí la letra, y dije que mi voluntad era y sería servir las con mi poca posibilidad, en todas partes.

El don Diego se me ofreció, y pidió perdón del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero; y añadía:

—No lo creará vuesa merced: su madre era hechicera, su padre ladrón, su tío verdugo, y él el más ruín hombre y el más mal inclinado que Dios tiene en el mundo.

¿Qué sentiría yo, oyendo decir de mí en mi cara tan afrentosas cosas? Estaba (aunque lo disimulaba) como en brasas. Tratamos de venirmos al lugar yo y los otros dos, y nos despedimos; y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda y el estar conmigo; y la madre y tía dijeron como yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me quería casar con Anica; que se informase, y vería era cosa, no sólo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje.

En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la

calle del Arenal, á San Felipe. Nosotros nos fuimos á casa juntos, como la otra noche; pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme: yo entendíles la flor y sentéme; sacaron naipes (eran hechizos como pasteles); perdí una mano, di enirme por abajo, y ganéles cosa de trescientos reales, y con tanto me despedí y vine á mi casa.

Topé á mis compañeros, licenciado Brandalagas y Pero López, los cuales estaban estudiando, en unos dados, tretas flamantes, y en viéndome lo dejaron por preguntarme lo que me había sucedido; no les dije más de que me había visto en un grande aprieto. Contéles cómo me había topado con don Diego, y lo que me había sucedido; consoláronme, aconsejando que disimulase y no desistiese de la pretensión, por ningún camino, ni manera.

En esto supimos que se jugaba, en casa de un vecino boticario, juego de parar; entendiolo yo entonces razonablemente, porque tenía más flores que un Mayo, y barajas hechas lindas. Determinamos de ir á darles un muerto (que así llaman al enterrar una bolsa); envié los amigos delante, entraron en la pieza, y dijeron si gustarian de jugar con un fraile Benito, que acababa de llegar á curarse en casa de unas primas suyas, que venía enfermo, y traía mucho del real de á ocho y escudo.

Crecióles á todos el ojo, y clamaron:

—Venga el fraile en hora buena.

—Es hombre muy grave en la Orden—replicó Pero López—y como ha salido, se quiere entretener, que él más lo hace por la conversación.

—Venga, venga y sea por lo que fuere.

—Por el recato—dijo Brandalagas.

—No hay tratar de más—respondió el huésped.

Con esto ellos quedaron ciertos del caso y creída la mentira. Vinieron los acólitos; ya yo estaba con un tocador en la cabeza, mi hábito de fraile Benito (que en cierta ocasión vino á mi poder), unos anteojos, y la barba, que por ser atusada no desayudaba.

Entré muy humilde; sentéme; comenzóse el juego; ellos levantaban bien, é iban tres al mohino; pero quedaron mohinos los tres, porque yo, que sabía más que ellos, les di tal gatada, que en espacio de tres horas me llevé más de mil y trescientos reales. Di barato, y con mi «loado sea el Señor» me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar, que era entretenimiento y no otra cosa.

Los otros (que habían perdido cuánto tenían) dábanse á mil diablos; despedime, y salimos fuera. Venimos á casa á la una y media, y acostámonos después de haber partido la ganancia. Consoléme con esto en algo de lo sucedido, y á la mañana me levanté á buscar mi caballo, y no hallé por alquilar ninguno; en lo cual conocí que había otros muchos como yo; pues andar á pié parecía mal, y más entonces.

Fuíme á San Felipe, y topéme con un lacayo de un letrado, que tenía un caballo y le aguardaba, que se había acabado de apearse á oír misa; metíle cuatro reales en la mano, porque mientras su amo estaba en la iglesia me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora. Consintió, subí en él, y di dos vueltas calle arriba y calle abajo, sin ver nada; y al dar la tercera, asomóse doña Ana. Yo que la ví, y no sabía las mañas del caballo, ni era buen jinete, quise hacer galanterías; díle dos varazos, tiréle de la rienda, empinóse, y tirando dos coces aprieta á correr, y da conmigo, por las orejas, en un charco.

Yo que me ví así, rodeado de niños que se habían llegado (y delante de mi dama), empecé á decir:

—¡Oh mala bestia! ¡No fuérades vos Valenzuela! Estas temeridades me han de acabar; habíanme dicho las mañas, y quise porfiar con él.

Traía el lacayo ya el caballo, que se paró luego; yo torné á subir; y al ruido se había asomado don Diego Coronel (que vivía en la misma casa de sus primas).

Yo que le vi, me demudé. Preguntóme si había sido algo; dije que no, aunque tenía estropeada una pierna. Dábame el lacayo priesa que no saliese su amo y lo viese, que había de ir á palacio.

Yo soy tan desgraciado, que estándome diciendo que nos fuésemos, llega por detrás el letradillo, y conociendo su rocín, arremete al lacayo y empieza á darle de puñadas, diciendo en altas voces que qué bellaquería era dar su caballo á nadie; y lo peor fué que, volviéndose á mí, me dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo esto pasaba delante de mi dama y de don Diego. No se ha visto en tanta vergüenza ningún azotado. Estaba tristísimo, y con mucha razón, de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra.

Al fin me hube de apear. Subió el letrado y fuése; y yo, por hacer la deshecha, quedé hablando desde la calle con don Diego, y dije:

—En mi vida subí en tan mala bestia; está ahí mi caballo overo en San Felipe, y es muy desbocado en la carrera y trotón. Dije como yo lo corría y hacía parar; dijeron que allí estaba uno en que no lo haría (y era de este licenciado). Quise probarlo; no se puede creer qué duro es de caderas; y con tan mala silla, que fué milagro no matarme.

—Si fué—dijo don Diego—y con todo, parece que se siente vuesa merced de esa pierna.

—Si siento—dije yo entonces—y me querría ir á tomar mi caballo y á casa.

La muchacha quedó en muy gran manera satisfecha, y con lástima y sentimiento (como se le eché de ver) de mi caída; mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado y lo que había pasado en la calle; y fué totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron; y la mayor y fundamento de las otras fué, que cuando llegué á casa y fui á una arca á donde tenía en una maleta todo el dinero que me había quedado de mi herencia y de lo ganado al juego, menos cien reales que yo traía

conmigo, hallé que el buen licenciado Brandalagas y Pero López habían cargado con ello, y no parecían. Quedé como muerto, sin saber qué consejo tomar de mi remedio. Decía entre mí:

—¡Mal haya quien fia en hacienda mal ganada, que se va como se viene! ¡Triste de mí! ¿Qué haré?

No sabía si ir á buscarlos ó si dar parte á la justicia. Esto no me parecía bien, porque si los prendían habían de achacar lo del hábito y otras cosas, y era morir en la horca; pues seguirlos, no sabía por dónde.

Al fin, por no perder también el casamiento (que ya me consideraba remediado con el dote), determiné de quedarme y apretarlo sumamente.

Comí, y á la tarde alquilé mi caballico y fuíme hacia la calle de mi dama; y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba á la esquina, antes de entrar, á que pasase algún hombre que lo pareciese, y en pasando partía detrás de él, haciéndolo lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, metíame detrás, hasta que volviere otro que lo pareciese, y así daba otra vuelta.

Yo no sé si fué la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, ó si fué la sospecha del caballo y lacayo del letrado, ó qué se fué, que él se puso á inquirir quién era y de qué vivía, y me espiaba.

En fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles, bravamente; y él acosado de ellas, que tenían gana de acabarlo, andando en mi busca topó con el licenciado Flechilla (que fué el que me convidó á comer, cuando yo estaba con los caballeros); y éste, enojado de que yo no le había vuelto á ver, hablando con don Diego, y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó á comer; y que no había dos días que me había topado á caballo, muy bien puesto, y le había contado cómo me casaba riquísimamente.

No aguardó más don Diego; y volviéndose á su casa, encontró con los dos caballeros del hábito y la cadena, amigos míos, junto á la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba, y dijoles que se aparejasen, y en viéndome á la noche en la calle me magullasen los cascos, y que me conocieran en la capa que él traía, que la llevaría yo. Concertáronse, y entrando en la calle topáronme, y disimuláronse de suerte los tres, que jamás pensé que eran tan amigos míos, como entonces.

Estuvimos en conversación, tratando de lo que sería bien hacer á la noche, hasta el Ave Maria.

Entonces, despidiéndose los dos, echaron hacia abajo; y yo y don Diego quedamos solos y echamos á San Felipe. Llegando á la entrada de la calle de la Paz, dijo don Diego:

—Por vida de don Felipe, que troquemos las capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan.

—Sea en buen hora —dije yo.

Tomé la suya inocentemente, y dile la mía en mala; ofrecíle mi persona para hacerle espaldas; mas él (que tenía trazado deshacerme las mías) dijo que le importaba ir solo; que me fuése.

No bien me aparté de él con su capa, cuando ordena el diablo que dos que le aguardaban para cintarearlo por una mujercilla, entendiendo por la capa que yo era don Diego, levantan y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí; di voces, y en ellas y la cara conocieron que no era yo; huyeron, y quedéme en la calle, con los cintarazos; disimulé tres ó cuatro chichones que tenía, y detúveme un rato, que no osé entrar en la calle, de miedo.

En fin, á las doce, que era la hora que solía hablar á mi dama, llegué á la puerta, y emparejando, cierra conmigo uno de los dos (que me aguardaban por don Diego), y con un garrote, dame dos palos en las piernas y derribame en el suelo; y llega el otro, y dame un trasquilón de oreja á oreja; quítanme la capa, y déjanme en el suelo, diciendo:

—Así pagan los pícaros embustidores, mal nacidos.

Comencé á dar gritos y á pedir confesión; y como no sabía lo que era, sospechaba, por las palabras, que acaso era el huésped, de quien me había salido con la traza de la Inquisición, ó el carcelero burlado, ó mis compañeros huídos; y al fin, yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía á quién echársela; pero nunca sospeché en don Diego, ni en lo que era. Daba voces á los capeadores, y á ellas vino la justicia. Levantáronme; y viendo mi cara con una zanja de un palmo y sin capa, ni saber lo que era, asíéronme para llevarme á curar.

Metiéronme en casa de un barbero; curóme; preguntáronme dónde vivía, y lleváronme allá; acostéme y quedé aquella noche confuso y pensativo, viendo mi cara partida en dos pedazos, magullado el cuerpo, y tan lisiadas las piernas de los palos, que no me podía tener en ellas, ni las sentía.

Yo quedé herido, robado, y de manera que ni podía seguir á los amigos, ni tratar del casamiento, ni estar en la corte, ni ir fuera.